

Vanegas Ho. Tomas

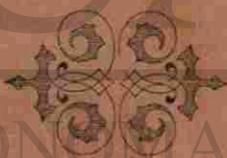
SERMÓN

QUE EN LA FESTIVIDAD

DE

Santo Tomás de Aquino,

*Celebrada por el Seminario
de esta Capital el 14 de Marzo de 1892, predicó
el Pbro. D. Francisco Vanegas Galván,
Profesor del mismo Colegio.*



B765

.T54

B3

C.1

MORELIA.

IMPRESORA Y LIBRERÍA DE SAN IGNACIO.

Amapolas, núm. 34.

1892.

B765

.T54

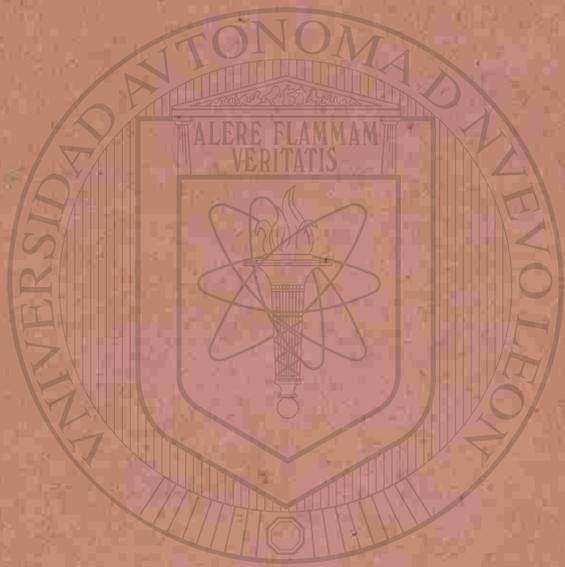
B3

c.1

865



1080026778



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





SERMÓN

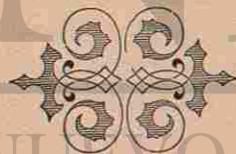
QUE EN LA FESTIVIDAD

DE

STO. TOMAS DE AQUINO,

*Celebrada por el Seminario
de esta Capital el 14 de Marzo de 1892, predicó
el Presbítero D. Francisco Banegas,
Profesor del mismo Colegio.*

U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Telles

MORELIA.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE SAN IGNACIO.

Amapolas, núm. 34,

1892.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLES 42030

B765

. T54

B3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Sapientiam loquimur inter perfectos... sapientiam vero non huius saeculi, neque principum huius saeculi qui designantur: sed loquimur Dei sapientiam in mysterio—*I Cor. II, 6 et 7.*

Hablamos la sabiduría entre los perfectos... pero no la sabiduría de este siglo ni de sus príncipes, que al fin perecerán, sino la sabiduría de Dios que está en el misterio.

DUSO Dios a la Iglesia, hermanos míos en medio de los hombres, para que fuera maestra de la verdad y de la virtud, y como estas no cambian nunca, le dió tal firmeza que nunca podrán conmoverla los vientos de la variedad. Todo cerca de ella ha cambiado: unas pasiones han sucedido a otras pasiones, unas doctrinas a otras doctrinas, sólo ella es la misma que fué el día de su nacimiento, y al desaparecer de la tierra los últimos hombres, la saludarán la misma. No obstante esta unidad inquebrantable é inflexible, reúne, de una manera estupenda, una variedad infinita, pudiendo por tanto aparecer todos los días con alguna novedad sobre su frente.

004865

Y así debía ser: cambiando constantemente los hombres, siendo un siglo en todo distinto del que le precedió, cada uno debía traer sus enfermedades propias, distintas de las de los otros siglos, y, puesto que la Iglesia debía curarlas todas, su unidad habría de ser tan fecunda, que sin cambiar en nada, tuviera en sí misma remedio para todas.

Nuestro siglo, hermanos míos, se presenta con males gravísimos, que si es verdad que son antiguos debido al carácter propio de estos tiempos, bien pueden llamarse nuevos.

Hay que confesar, desde luego, que se notan en él tendencias á lo que hay más grande en el orden humano, á la sabiduría; y esto, pudiéramos decir, es su carácter propio. En efecto, ninguno como él; se ha dedicado tanto al estudio; ninguno como él ha engrandecido tanto á los que llama sabios, hasta hacer de ellos los únicos guías y guardianes de la humanidad y ninguno como él ha constituido en la ilustración de todos, la felicidad del mundo; y por esto, y por haber realizado portentosos inventos, se ha decorado á sí mismo con el nombre magnífico de siglo de las luces, mientras denomina á los que le precedieron, tiempos de obscuridad é ignorancia.

Esta tendencia por una parte, y por otra las sollicitaciones de los sentidos y los halagos de la razón que sin cesar siente el hombre, han hecho á nuestro siglo el más sensual y el más orgullososo. Todos los que le precedieron lo

han sido, pero ninguno, si se exceptúan los paganos, había hecho de los sentidos el criterio superior de la verdad, el principio de la sabiduría, el término supremo de lo que podemos saber; ninguno como él había hecho de la razón humana la regla única é infalible de toda verdad, lo más alto que en este orden puede encontrarse; y por eso, en toda la extensión de los siglos cristianos no se habían visto los males que en este se han presenciado. En otros, la voluptuosidad vivía en las tinieblas á donde la habían arrojado el desprecio y la ignominia, hoy se presenta en triunfo por todas partes, tiene sus emisarios y bien pudiera decirse, sus sacerdotes.

Y no es de extrañar esta espantosa degradación desde que los sentidos han tenido su filosofía. Si nada hay más allá de su juicio, como los positivistas aseguran; si son la última regla y la norma superior de la verdad, será bueno y verdadero todo lo que á ellos sea conforme, y el hombre no deberá tener reparo en buscarlo y en gozarlo.

Lo mismo pasa respecto del orgullo: también él tiene su filosofía y su sacerdocio; y tampoco ha de extrañarnos. Si la razón del hombre es lo último á que podemos apelar en el orden de los conocimientos; si ella debe pronunciar la última palabra que decida de la verdad y de la justicia, es el hombre lo más alto y lo más noble que hay; bajo de él estará todo, sobre de él no habrá nada ni deberá haberlo, y nadie podrá

decirle una palabra de mando ó de enseñanza. ¿Para qué, si ha subido al trono de Dios y se ha colocado en su lugar?

Así pues, el orgullo y la sensualidad, sentados cada quien en su cátedra, se disputan á la humanidad que ya va corriendo en pos de ellos. Y para todo ello se ha aprovechado el enemigo de Dios, de un deseo nobilísimo que con fines dignos de la infinita bondad, había puesto Dios en el alma humana: del deseo de la sabiduría que el Criador implantó en el corazón del hombre para hacerlo digno de Él.

Para poner remedio á tantos males, la Iglesia quiso presentar á los hombres, hermanos míos, el ejemplo de una sabiduría altísima y sublime, alcanzada por la mortificación de los sentidos con la castidad, y por el total abandono del juicio propio, que es la humildad. Recorrió para esto su pasado, y en una época hoy calumniada, encontró á Santo Tomás de Aquino. Nadie tan apropiado como él. Enseñó la sabiduría á los maestros y no la sabiduría de este siglo, ni de los príncipes de este siglo que al fin serán destruidos; por esto, pudo exclamar como el Apostol: *Sapientiam loquimur inter perfectos... sapientiam vero non huius saeculi, neque principum huius saeculi qui destruuntur: sed loquimur Dei sapientiam in mysterio—I Cor. II, 6 et 7.* Y esta sabiduría tan sublime fué alcanzada por la castidad y por la humildad.

Por eso á nosotros, hijos de la Iglesia, en este

siglo amante de la sabiduría y que ha ido á pedirle á los sentidos y á la razón, nos tocó en suerte oír la voz autorizada del Pontífice que lo proclama ante todo el mundo príncipe de la sabiduría, y que lo pone como ejemplar y modelo que han de seguir todos los que pretendan alcanzarla. Así, mientras el siglo dice á unos: seguid el juicio de vuestros sentidos y seréis sabios, y á los otros: os basta oír á vuestra razón para alcanzar la sabiduría; y mientras conduce así á unos y otros á la degradación más abominable, y al peor embrutecimiento, la Iglesia, inspirada por Dios, dice á todos por boca del Pontífice que alaba á Santo Tomás: apartaos de los sentidos, sujetad vuestra razón; sed castos, sed humildes y seréis sabios con una sabiduría que no será destruida nunca porque viene de la eternidad!

Agrupémonos, hermanos míos, en torno de Santo Tomás para oír estas enseñanzas que nos da con su ejemplo y que son no menos elocuentes y provechosas que las que nos dejó en sus escritos.

En verdad, hermanos míos, que mi amor á Santo Tomás y á vosotros, quisiera que mi palabra fuese digna de alabar tanta grandeza, y tuviera la fuerza de llevar hasta vuestra alma la persuasión y el deseo de la castidad y de la humildad, como único camino para alcanzar la sabiduría verdadera que viene de Dios para llevarnos á Dios. Confieso sin embargo mi impotencia; y sólo confío en el que da elo-

cuencia á los niños y hace fecundos á los estériles.

Dirigid á Él vuestra súplicas, y para que sean eficaces, hacedlo por medio de la Sma. Virgen María.

Ave María.

Sapientiam loquimur inter perfectos... sapientiam vero non huius saeculi, neque principum huius saeculi qui destruntur: sed loquimur Dei sapientiam in mysterio—1 Cor. II, 6 et 7.

Lo primero que aparece no bien fijemos la mirada en Santo Tomás es, hermanos míos, su sabiduría. Ella fué quien ocasionó la primera palabra que, mitad elogio por lo presente, mitad alabanza por lo pervenir, le dirigió su maestro; ella le franqueó el palacio de los príncipes de la Iglesia y de los reyes de la tierra; ella hizo que ocupara el primer lugar en aquel tiempo de sabios; y que de todas partes se solicitasen sus luces, se pidiesen sus consejos y se buscase oír su palabra.

Como monumento perenne de aquella sabiduría, nos queda su doctrina, aplaudida por los sabios, admirada por los santos, celebrada por la Iglesia é impugnada por los enemigos de la verdad que, no obstante todo, han reconocido su grandeza. Seis siglos han pasado desde aquel en que fué escrita, y con ellos muchas cosas: se han fabricado sistemas que han durado más ó menos y que al fin se han hundido para siempre; han venido opiniones nuevas y

nuevas enseñanzas, y mientras la vida de todas se reduce al momento de entusiasmo en que son leídas y estudiadas, la de Santo Tomás ostenta aún la frescura del primer día y después de tanto tiempo aún se dan cita los sabios para intérpretar sus obras, y se disputan una palabra caída de sus labios.

Los hijos de este siglo presuntuoso, que se desdeña de estudiarlas porque son antiguas, se han extraviado por senderos difíciles, y cuando tras penosa investigación, han creído pronunciar una palabra nueva en cualquier ciencia, los hijos de la fé, que no han dejado estudiar á Santo Tomás, les muestran que ya él la había pronunciado y había asegurado además sus causas y sus fundamentos si es verdadera, ó la había refutado si es falsa.

No es esta sin embargo toda la sabiduría de Santo Tomás. Bien pudiera, hermanos míos descubrirse la verdad natural tan plena y tan perfectamente como él la descubrió, bien pudiera alcanzarse con el entendimiento el principio más alto en este orden y no haberse llegado á la cumbre de la sabiduría.

Si esta consiste en el conocimiento de las cosas por causas superiores, y si las que alcanza el entendimiento no son ciertamente las últimas, por que más allá de ellas está Dios, será preciso que sea Él la última razón de los verdaderos sabios.

Alumbrados por la fé, que es la luz que guía á nuestro entendimiento por aquellos caminos

sagrados y misteriosos, se colocarán sobre todo conocimiento meramente humano, y mientras los sabios, con sabidurías inferiores, vayan penosamente buscando el hilo de luz que ata las verdades que se les ocultan con las que perciben, ellos percibirán con claridad toda relación entre esas verdades por secreta y oculta que parezca. Los sabios con sabidurías inferiores, podrán apenas juzgar y ordenar las verdades que se presentan al alcance de las ciencias que poseen; los sabios con esta sabiduría suprema, como que se han colocado en la cúspide de la montaña de las ciencias, como que ven con una luz superior á toda luz, porque es participación más perfecta de la claridad de Dios, dominarán el campo extenso de los conocimientos humanos, verán el camino que llevan estos en seguimiento de la verdad que ellos ya contemplan, y por tanto, conocerán cuando se extravían y pondrán en ellos orden y armonía.

La Teología es, hermanos míos, esta ciencia suprema, verdadera sabiduría, que como no es sino una extensión de la ciencia de Dios comunicada al hombre, ha podido libertarse de la sentencia terrible dada por el Apostol contra toda ciencia: *omnis scientia destruetur*; y cuando consumada su carrera, reciba el hombre el premio condigno de sus trabajos en las luchas del Señor, recibirá también el complemento y perfección de esta ciencia al descubrirsele clara y sin sombras la esencia de Dios. Así levantada la Teología, ha venido

á dar al hombre, según la expresión de S. Juan, la mayor semejanza con Dios: *similes ei erimus quoniam videbimus eum sicuti est*. La ciencia de Dios es la visión intuitiva de su esencia y en ella de todas las cosas; la Teología perfecta, la suprema Teología es la visión, intuitiva también, de la esencia de Dios y en ella de todas las cosas. *Tunc cognoscam facie ad faciem. Et non egebunt lumine lucernae neque lumine solis quoniam... Deus illuminabit illos*. De suerte que la ciencia de Dios y la Teología, aquella infinita, esta finita, parecen ser una cosa y confundirse en su principio: en la esencia de Dios.

Por eso, cualquiera participación de esta ciencia, por más que sea pequeñísima, levanta el entendimiento y lo pone sobre todos los conocimientos humanos; por eso no sólo quienes apenas pisan los umbrales, sino también los que de muy lejos escuchan las armonías que resuenan dentro de este templo magnífico, pueden con justicia proclamarse más sabios que todos los sabios del mundo. ¿Qué será Santo Tomás que no sólo penetró el interior del templo y admiró sus grandezas y escuchó las enseñanzas que en él se daban, sino que ascendió á la cátedra y desde allí hizo oír su palabra?

Antes de que los Pontífices, que son los únicos que pueden enseñar, os dirijan la palabra desde este lugar, se les acerca al santuario y se derrama sobre su cabeza el oleo que les da

tal poder: Santo Tomás debía ser ungido Pontífice de la Teología, y por eso Dios lo introdujo hasta lo íntimo del templo, hasta el santuario mismo, y allí derramó sobre él el tesoro de su sabiduría. *Spiritu intelligentiae replevit illum.*

Dios lo había llamado para ser el maestro no sólo de los pueblos, sino también de los doctores de los pueblos, y de los que enseñan á los mismos doctores; había de llegar un día en que los Padres de la Iglesia, que son los montes de Dios, al ir á dar una enseñanza solemne, al ir á ascender á la cátedra de la verdad para anunciarla á la Iglesia que la esperaba anciosa, recurrieran á Santo Tomás, y él, colocado como cielo sobre aquellas montañas, y sólo abajo de Jesucristo que es el cielo de los cielos, debía regarlas desde su altura: *rigans montes de superioribus tuis*; por eso Dios lo levantó más alto que todos, hizo que más que todos, se acercara á Él, fuente de sabiduría y lo inundó de ella para que pudiera así derramar sus oráculos como lluvia del cielo. *Spiritu intelligentiae replevit illum et ipse tamquam imbres mittet eloquia sapientiae suae.*

Así pues, si la Teología es la ciencia más alta de todas; si nada hay sobre de ella sino la sabiduría infinita de Dios; si Santo Tomás la consiguió en un grado tan alto que supera quizá al de muchos ángeles, en vano el mundo agotará sus fuerzas para crear algo que pueda parecersele siquiera como sombra, en vano levan-

tará pedestal sobre pedestal para colocar sus ciencias; todas ellas serán ante esta como un grano de arena ante la inmensidad del cielo, como una sombra ante la luz del sol! Y la Iglesia, hermanos míos, al proponérselo como el modelo que debéis imitar, no trunca ni limita vuestras aspiraciones á la sabiduría, sino antes bien, presenta á vuestra vista un campo sin límites que recorrer, una altura inmensa que alcanzar. Para ello, sin embargo, es preciso una preparación opuesta á la que los hombres os exigen para daros su sabiduría: es preciso que seáis humildes y castos, ya que, si Santo Tomás no hubiese sido casto y humilde, no hubiera alcanzado tal sabiduría. Esta será mi segunda parte.

Todo lo que de Santo Tomás hasta aquí hemos considerado, es, hermanos míos, el resplandor de su grandeza. Atraídos por su claridad, nos hemos detenido contemplando, por decirlo así, la luz que derrama, sin penetrar todavía hasta el origen de esa luz: hemos visto á Dios dándole los tesoros de su ciencia, pero aun no hemos entrado al recinto donde guardó Santo Tomás dones tan soberanos, aun no hemos visto qué sea esa sabiduría, ni cómo esté en el alma de Santo Tomás, en donde debe estar la hermosura mayor, la grandeza principal, ya que, según la Escritura, toda la gloria de la hija de Dios, es interior: *omnis gloria filiae regis ab intus.*

Dios, hermanos míos, es el principio y el mo-

delo de toda perfección; su ser es el tipo de nuestro ser, su bondad de nuestra bondad y por eso su sabiduría debe ser el modelo y el tipo de la nuestra. A proporción, pues, que la sabiduría del hombre crezca, debe hacerse semejante á la de Dios; y cuando llegue en la Patria al complemento y al límite, debe haber llegado también al límite de la semejanza. Desde que el hombre tiene por última razón á Dios, desde que esta causa suprema es la que le sirve de norma para decretar la verdad ó la falsedad de una cosa; ya tiene, hermanos míos, un rasgo de semejanza con Dios, porque ya Dios y él, dan por último una misma razón de su juicio. Pero desde este grado que no excluye ni á los niños que poseen apenas las primeras lecciones de nuestra teología, hasta los bienaventurados que la poseen toda, ¡qué inmensidad de grados de semejanza á medida que se va participando más de esa sabiduría! Todos juzgan aplicando por regla y norma á Dios; pero ¡de cuán distinta manera poseen á Dios! El niño lo tiene entre las sombras de la palabra y de la autoridad humana; después se descubrirá más: llegará á tenerse en una semejanza más ó menos perfecta, más ó menos grandiosa, á medida que avanza el entendimiento en la especulación de estos mundos excelsos; pero por este camino nunca se llegará á la mayor semejanza que la sabiduría humana puede tener con la divina. Por eso, con ser tan grande, no es la mayor, y también de ella pudiera decirse lo

que de otras ciencias dijo Salomón: que es vanidad y aflicción de espíritu.

Dios, hermanos míos, conoce todas las cosas en su divina esencia; en ella ve el pasado, el presente y el futuro; los átomos que se pierden en el aire y los ángeles que están cerca de su trono, y como Él es su divina esencia, no tiene que salir fuera de sí para buscar la regla de la verdad y de la justicia, en sí mismo la tiene y no hará sino convertir á sí mismo para juzgar de la verdad. El hombre también puede llegar á ser participante de esta perfección suprema: también él, en medio de su miseria y su pequeñez, puede convertirse á su propia alma y distinguir en ella á Dios, regla suprema de sus juicios.

Mientras vivamos en este mundo, veremos siempre á Dios *per speculum in aenigmate*, según doctrina de San Pablo; pertenece sólo á la Patria ver en la claridad misma de Dios; sólo allí dirigirá el bienaventurado sus ojos á su propia alma y verá unida á su entendimiento la esencia misma de Dios; pero algo de esto tan grandioso, puede alcanzar el hombre sobre esta tierra. Y esta es, hermanos míos, la más grande, la más alta sabiduría que podemos poseer en este mundo. Si un rayo de la que acabamos de considerar basta para engrandecer al hombre, una chispa de esta basta para hacerlo igual á Dios; porque mientras los que no la tienen, salen fuera de sí y van buscando la imagen de Dios que los lleve á su conocimiento, los que la han

encontrado tienen al mismo Dios dentro de su alma, y ahí, en aquel recinto misterioso, perciben claro la voz de Dios que les dice en confianza de amigos toda verdad. No ven, es cierto, la divina esencia; pero á la manera de Dios, juzgan de todas las cosas por su propia inclinación, que por estar Dios unido á ellos, ha venido á ser por participación, regla y medida de la verdad, como Dios lo es por derecho propio.

El grado excelso de la sabiduría de Santo Tomás, llamado á la altura de un magisterio sublime, exigía que Dios le comunicara la sabiduría del modo más perfecto que puede comunicarse. Y para elevarlo á tanto, lo preparó, hermanos míos, con la castidad y la humildad.

Dios iba á venir á su alma, se le iba á unir de tal manera que lo que Santo Tomás quisiera fuera la rectitud, que aquello á lo que su inclinación lo llevara fuera la verdad, y no verdades bajas, verdades que, por decirlo así, viven sobre la tierra, sino secretos profundos de los cielos, arcanos altísimos de Dios; su alma pues, debería estar cerrada para todas las cosas y abierta sólo para Dios. En aquel recinto no debería escucharse nada que no fuera la voz de Dios, nada, ni la de los sentidos, ni la de la razón que hablara por sí propia.

Y así fué, en efecto: después de una terrible batalla en que la carne y la sangre, ayudadas de la seducción más terrible, se disputaban el alma de Santo Tomás. Dios, en premio de su victo-

ria, acalló toda voz del cuerpo y sujetó todo movimiento de las pasiones; de suerte que después de este triunfo, su cuerpo no volvió á pedir más, y fueron sus pasiones como las fieras de la Escritura, dominadas por un niño. Dios le dió á conocer en todo su valor, la debilidad de la razón humana, y por eso, con ser la suya tan noble, desconfiaba siempre de sus enseñanzas, y no les prestaba oído sino temblando. Los sabios todos de su tiempo habían aplaudido sus palabras; de ellas había dicho Alberto Magno que resonarían en toda la Iglesia; y con todo, no cesaba de rogar á Dios le manifestase si no se había engañado, y de suplicarle lo mantuviese con su gracia en tan difíciles investigaciones; así, en él la razón había ocupado el lugar que le pertenece, de sierva y esclava de Dios.

In captivitatem redigentes omnem intellectum.

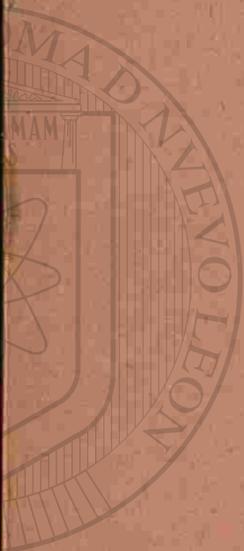
Su alma pues, no turbada por las sollicitaciones del cuerpo, ni por la voz humillante del entendimiento enorgullecido que lo pide todo para sí, era como lago sin cieno ni tempestades, y Dios hablaba allí en la seguridad de ser escuchado. Cerrada por la castidad á todo deleite del cuerpo y por la humildad, que es otra especie de castidad, á todo lo de la tierra, estaba perfectamente vacía; había venido á ser como el lecho de Salomón, cercado de valientes y donde gusta el Esposo de celebrar sus bodas; por eso llegó á ella y grabó allí profundamente su semejanza, y fué Santo Tomás lo que él requiere del verdadero sabio: *non solum discens sed patiens divina.*

Comparad, hermanos míos, sabiduría con sabiduría: la que el siglo predica, la que os propone todos los días con su ejemplo y con su doctrina, no os levantará nunca de sobre la tierra, ni os elevará más alto que vosotros mismos; la que hoy os propone la Iglesia en Santo Tomás, os levantará hasta Dios. Y no creais que sea difícil el camino, no penséis que para alcanzarla es necesario haber recibido alteza de entendimiento y grandeza de ingenio. Semejante á Dios que la dá, se comunica á todos, grandes y pequeños, y sólo exige para venir á las almas, que sean humildes y castas.

Sujétad vuestra carne al espíritu, vuestro espíritu á Dios, y vendrá á vosotros la sabiduría de Santo Tomás. Tal vez Dios no os la conceda en el grado que á él, porque no os destina quizá á un magisterio tan sublime como el que él ejerció en la Iglesia; pero una gota de esa sabiduría que es la caridad, os hará más sabios que todos los sabios, y os dará sobre todo, la esperanza de que algún día recibiréis en vuestra alma á Dios con toda su claridad y su hermosura, y seréis entonces tan sabios como los ángeles de Dios!

Así sea.

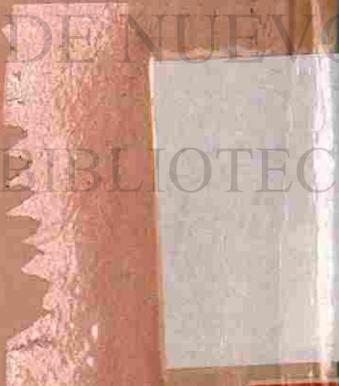
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



004